

43658

La fábrica de los sueños

Oscuridad.

Las gentes reflejaban en su rostro una gran tristeza.

Silencio.

Las personas, taciturnas reprimían sus sentimientos. Las ropas andrajosas y anodinas mostraban la uniformidad de la vida de los humanos. Todo estaba medido, desde las distancias que recorrían las personas hasta el tiempo que les quedaba de vida.

Hasta que un día, un chico llamado Álvaro edificó una fábrica de sueños. En ella se crearon todos los sueños que cualquiera pudiera imaginar, a excepción de aquellos sueños malévolos que las personas denominaban “pesadillas”. Álvaro se dedicaba a dibujar los sueños con los que las personas disfrutarían y gozarían. Desde ese momento todo cambió, los insulsos colores que mostraban las ciudades fueron sustituidos por vivos colores que embadurnaban las paredes. De las chimeneas, salían notas musicales que con su alegre melodía hacían que pasear por las calles fuera algo entretenido y divertido. Las gentes hablaban sin cesar y se subían a los arcoiris para deslizarse sobre ellos cual si fueran un tobogán.

Todo era bueno, todo era muy bueno.

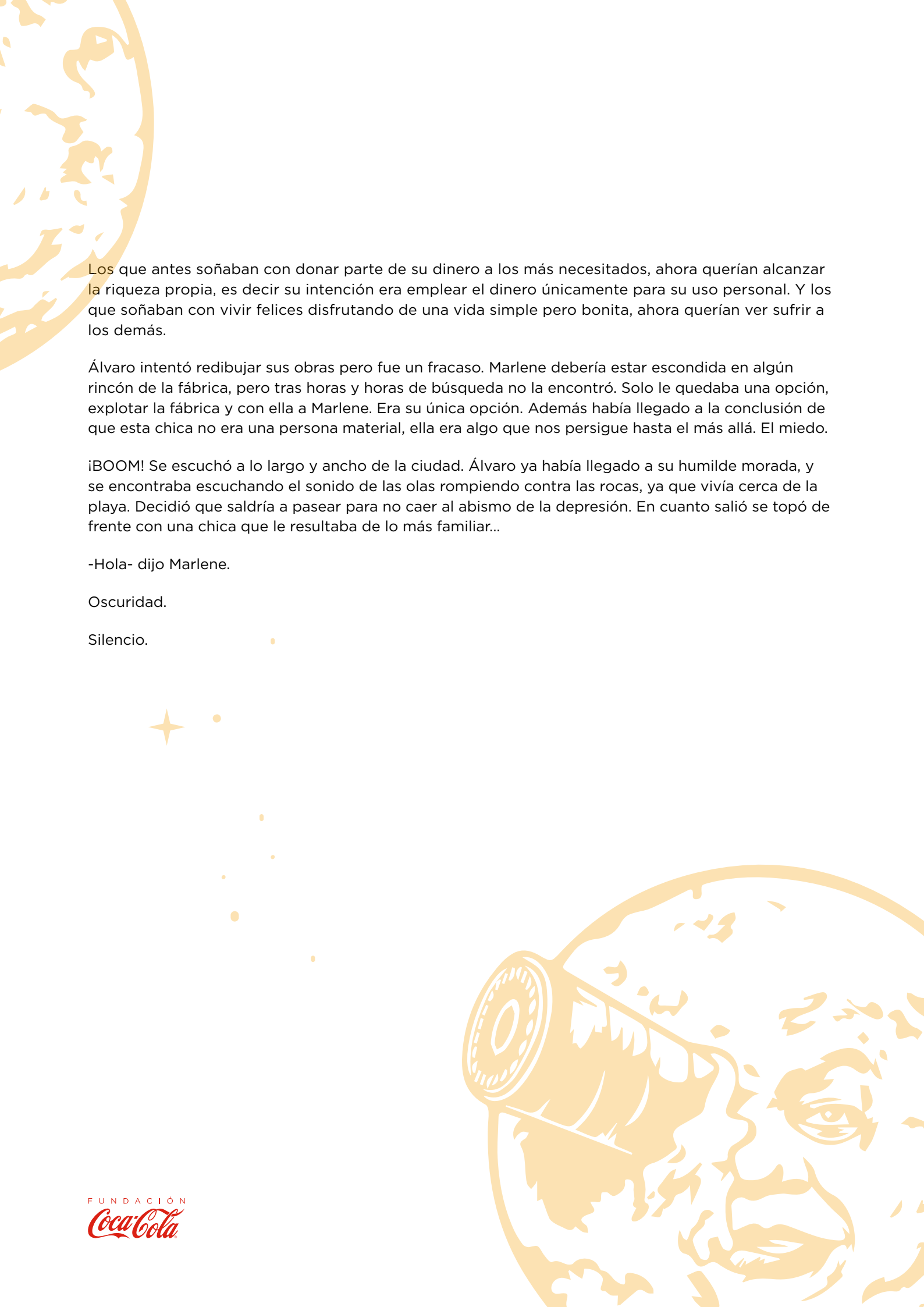
Mirado desde el simple punto de vista de un humano común, todo era grandioso, todo era perfecto. Pero para nuestro joven Álvaro no iba todo tan bien. Sus abuelos paternos, con los que vivía a causa de la muerte de sus padres, habían fallecido. Y él, se sentía culpable, culpable de no haber tenido tiempo para cuidarlos. El huerto de su casa se marchitaba, porque él no había estado ahí para saciar la sed de sus tubérculos y verduras. Se marchitaba, al igual que su corazón.

Un día como otro cualquiera, Álvaro se apresuró a la mágica fábrica. Caminaba con paso inseguro, algo que la gente no estaba acostumbrada a ver en él. Cuando abrió la puerta de la fábrica entró en su agradable despacho en el que dibujaba lo que la gente soñaría. Comenzó a dibujar. Un poco de pintura por aquí, otro poco por allá... Cuando finalizó el dibujo, advirtió una pequeña mujer al fondo de su obra. Esta, imponía elegancia. En sus ojos gélidos se percibía una mirada serena y penetrante. Vestía un gorro en el que estaba plasmada la letra “M”. Álvaro no recordaba haber dibujado aquella mujer, pero estaba cansado, así que no le dio importancia alguna a esa extraña aparición. Hasta que observó que ella estaba en todos los dibujos. Entonces se preocupó.

Al día siguiente salió de casa y algo que él no esperaba sucedió. Las personas se peleaban, y se habían vuelto egoístas. Un escalofrío recorrió sus venas.

-¿Qué ha podido pasar?- murmuró para sí mismo. Y corrió hasta llegar a la fábrica.

Cuando abrió los portones, palideció. En las paredes de colores advirtió unas letras mayúsculas. En ellas se leía escrita con caligrafía perfecta “MARLENE”. Álvaro se apresuró a ver sus dibujos. Todos habían cambiado, esa tal Marlene se había apoderado de estos, y con ellos también de las personas.



Los que antes soñaban con donar parte de su dinero a los más necesitados, ahora querían alcanzar la riqueza propia, es decir su intención era emplear el dinero únicamente para su uso personal. Y los que soñaban con vivir felices disfrutando de una vida simple pero bonita, ahora querían ver sufrir a los demás.

Álvaro intentó redibujar sus obras pero fue un fracaso. Marlene debería estar escondida en algún rincón de la fábrica, pero tras horas y horas de búsqueda no la encontró. Solo le quedaba una opción, explotar la fábrica y con ella a Marlene. Era su única opción. Además había llegado a la conclusión de que esta chica no era una persona material, ella era algo que nos persigue hasta el más allá. El miedo.

¡BOOM! Se escuchó a lo largo y ancho de la ciudad. Álvaro ya había llegado a su humilde morada, y se encontraba escuchando el sonido de las olas rompiendo contra las rocas, ya que vivía cerca de la playa. Decidió que saldría a pasear para no caer al abismo de la depresión. En cuanto salió se topó de frente con una chica que le resultaba de lo más familiar...

-Hola- dijo Marlene.

Oscuridad.

Silencio.